

Millares objetos y memoria*

Gustavo Santana Jubells

¿Pueden los objetos hablar? Los arqueólogos no sólo defienden que pueden, sino que reconstruyen toda una cultura a partir de ellos. Los artistas afirman que depende de quien los haya hecho y los filósofos niegan rotundamente esa posibilidad. Millares jugó con estas tres dimensiones: la historia, la creación y el pensamiento para construir unos objetos que no sólo hablasen sino que estuvieran tan cargados de significados que pareciese que gritasen.

Una función fundamental de los objetos es la de dirigir y mantener nuestra memoria: la foto de nuestro último viaje, el árbol del primer beso, la piedra que recogimos en aquella playa del norte de Europa o el billete del metro de Londres... Todos ellos evocan experiencias pasadas, momentos culminantes que marcaron nuestra vida y que nos recuerdan cómo llegamos a ser lo que somos. Son marcadores que nos señalan hacia la identidad, pero van un poco más allá de la historia, de lo que ocurrió, para indicarnos la memoria, lo que vivimos.

Las revoluciones conocen bien el poder que tienen y por eso se encargan de eliminarlos. Desaparecidos los restos materiales desaparece definitivamente cualquier rastro de la memoria.

* Texto publicado en *La Provincia/Diario de Las Palmas* el 14 de junio de 2007, con motivo de la exposición de Manolo Millares en el CICC de Las Palmas: *El artista como arqueólogo*.

Con los objetos pretendemos conjurar algo tan inmaterial como el tiempo, saltándose la frontera entre el ayer y el hoy. Es la misma pretensión que tiene una obra artística, preservarse para el futuro. El instrumento de esa preservación es el museo donde la arqueología y arte se dan la mano seleccionando qué merece ser expuesto y qué no, quién y qué debe mantenerse en la memoria y qué o quién debe desaparecer para siempre. Normalmente los museos suelen ser monumentos al recuerdo de los vencedores y mausoleos donde almacenar las memorias de las víctimas, como las momias que Millares vio en El Museo Canario, que nadie sabe quienes son, o los cientos de cráneos, objetos completos de personas incompletas.

Porque lo más estremeceador es cuando nosotros mismos nos convertimos en objetos; objetos manipulados, analizados, exhibidos. Cuando estamos vivos podemos protestar y rebelarnos, pero una vez muertos se produce una objetivación radical. Los museos de historia se convierten entonces en enormes tumbas donde están expuestos los antes enterrados. Con ellos mantenemos una relación distinta. No son sujetos, no son personas. Su rango ontológico es el mismo que el de una vasija de barro.

Algunos objetos no sólo hablan sino que gritan y lloran, como esos barracones de Auschwitz que aún huelen a carne humana quemada, o esos enclaves donde millones de africanos partieron hacia la esclavitud, o esa campana que tañe cada 6 de agosto en Hiroshima. Posiblemente el sufrimiento de los guanches no fue tan espectacular como el de estos tres ejemplos históricos, pero no por eso deja de ser sufrimiento. Cierto es que el siglo xx ha dado muestras de una crueldad sin parangón, pero desgraciadamente no tiene el monopolio del sufrimiento humano. El hecho es que una cultura entera desapareció y los proyectos de un pueblo se frustraron. A pesar de nuestros intentos de recomponerla a partir de los restos materiales está perdida, fracasó, y solo quedan nuestros intentos de manipularla en nuestro propio beneficio.

¿De qué hablan los objetos de esta exposición? Hablan del fin, de la desaparición, de lo que ocurre cuando los sujetos se convierten en objetos y los objetos ya no pueden guiar nuestra memoria. Todo comienza entonces a desdibujarse y la realidad se vuelve transparente: los muertos son momias, y las cabezas seccionadas, cráneos que se apilan unos sobre otros.

Walter Benjamin escribió, en una época dominada por el nazismo, sobre la necesidad de recuperar el dolor de las víctimas y rehabilitarlas como única forma de que la realidad vuelva a ser plenamente real, como única forma de recapitular y evitar que los vencedores venzan definitivamente. Hoy el nazismo no gobierna en Europa, aunque de vez en cuando muestra sus orejas amenazantes, pero el sufrimiento no ha desaparecido y el peligro de un fin parece más cerca que nunca. Inmigrantes que mueren intentando llegar a Europa, trabajadores infantiles, esclavos explotados... son los nuevos nombres de los objetos del siglo XXI, las nuevas momias que tal vez pintaría Millares hoy. Si los unimos a guerras olvidadas, inestabilidad política, terrorismo, calentamiento global tendremos el cóctel perfecto para que también nosotros fracasemos.

La pretensión de Benjamin de recuperar el dolor de las víctimas como única forma de que la realidad vuelva a tener sentido me sigue pareciendo una aspiración utópica, pero exposiciones como estas nos dan la oportunidad de dejar de un lado la historia y volver a encontrarnos con la memoria.